

vanidad literaria, bastan para explicar este fenómeno. No es fácil encontrar en los poetas americanos de entonces, por ejemplo, en los innumerables que deliraban en Lima, un modo de decir tan llano, terso y apacible como el de estos versos de otro romance:

«Rueda, fortuna, no pares
Hasta volver á subirme,
Porque el bien de un desdichado
En tu variedad consiste.
Un tiempo me colocaste
Con las estrellas más firmes,
Y ahora me tienes puesto
En la tierra más humilde.
Entonces me vi tan alto,
Que me pareció imposible
Ver mis glorias humilladas
Á los pies de quien las pise....
Tu natural inconstante
Con varios efectos vive:
Abatiendo al que merece,
Sublimando al que no sirve....
Que no pares en mi daño
La rueda, quiero pedirte,
Porque es mi dicha tan corta
Que presumo ha de estar firme.....»

Luce Bascuñán sus buenos estudios de humanista en versiones no infelices de algunos pasajes cortos de Virgilio, Ovidio y Silio Itálico, que con más ó menos oportunidad trae á cuento en su narración. Pero el mejor de estos ensayos de traducción es el que hizo del salmo sexto *Domine, ne in furore tuo arguas me* (1).

La *Restauración de la Imperial*, que el provincial de los Mercenarios Fr. Juan de Barrenechea y Albis, hijo

(1) Las Memorias de Núñez de Pineda están publicadas en el tomo III de la *Colección de Historiadores de Chile*.

de la ciudad de Concepción, escribió por los años de 1693, es obra de más pretensiones literarias que el *Cautiverio feliz*, pero muy inferior á ella en estilo, en interés histórico y en todo. Sólo tiene la curiosidad de ser el único ensayo de novela hecho en Chile durante la época colonial, y seguramente uno de los rarísimos que se hicieron en toda América (1). La heroína es una india llamada Rocamila, manifestamente imitada de las indias de Ercilla. Sus amores con el araucano Carilab, interpolados con escenas de guerra y cautiverio, que debían terminar probablemente con la conversión y muerte de ambos amantes (porque el libro no está completo), forman el argumento asaz vulgar de este relato, cuya acción se supone en el gobierno de D. Alonso de Sotomayor. La novela, que ya de suyo tiene muy poco interés, se echa á perder además por lo enfático, declamatorio y pedantesco del lenguaje. Hay intercaladas en el proceso de la narración algunas octavas, crespas y sonoras. La expresión de los sentimientos es casi siempre falsa é impropia de los indios, á quienes se atribuyen (2).

Hasta aquí la producción poética anterior al siglo

(1) Algunos novelistas europeos del siglo décimoséptimo pusieron en Chile y en el Perú ciertas escenas de sus libros. Entre ellos descuella el caballero gascón Francisco Loubayssin de la Marca, que escribió en muy buen castellano la *Historia tragi-cómica de D. Enrique de Castro* (Paris, 1617). Puede citarse también *La Monja Alférez*, donde el nombre de la protagonista y el fondo de sus aventuras son reales, pero que en su actual forma literaria quizá no se remonta más allá del siglo pasado, y aun casi nos atreveríamos á señalar su autor verdadero ó á lo menos posible.

(2) La obra del P. Barrenechea está manuscrita en la Biblioteca Nacional de Chile. Me valgo del extenso extracto que hace de ella el Sr. Medina (tomo II, páginas 336-349), porque no tengo noticia de que todavía se haya publicado íntegra.

xviii (1). Si no fué más abundante, la causa está bien manifiesta en la falta de imprenta y en el relativo atraso de aquella colonia, llamada después á tan altos destinos. Hubo no obstante, establecimientos de educación desde el principio. Ya antes de 1591 ordenaba una cédula real que en Santiago se estableciese una cátedra de gramática «para que la juventud del reino pudiese aprender latinidad, y que al que leyere se le diere en cada un año cuatrocientos y cincuenta pesos de oro». Pero esta fundación no llegó á tener efecto inmediato, por falta de preceptor, hasta que los dominicos la establecieron en su convento, junto con algunas enseñanzas de artes y filosofía, que inauguraron Fr. Acacio de Naveda y fray Cristóbal Valdespino. Los chilenos que deseaban más extensa instrucción y aspiraban á recibir algún grado académico, tenían que acudir á Lima, como lo hizo Pe-

(1) Pueden añadirse algunas composiciones sueltas en elogio de autore y de libros. Al principio de la *Historia general de Chile* del P. Diego Rosales se leen unos tercetos bastante buenos de un D. Jerónimo Hurtado de Mendoza.

Apenas merece citarse más que á título de rareza un poema en latín casi macarrónico y rima castellana que compuso y sacó á luz en Lima en 1645 el Presbítero Diego Núñez Castaño, con motivo de una invasión frustrada de piratas holandeses en Valdivia. Titúlase este aborto (que entre otras cosas contiene varios sonetos en latín) «*Breve compendium hostium hæreticorum Olandesium adventum in Valdiviam, exploratorem missum et narrationem ejus, fugam illorum cum pacto redeundi: providas dispositiones Proregis: classim expeditam ad conditum ejus cum rebus necessariis et alia continens..... Limæ, anno 1645.*» Con aprobaciones del Dr. Antonio Maldonado y Silva, Catedrático de Derecho en la Universidad de Lima y de Fr. Miguel de Aguirre, y versos estrafalarios, latinos y castellanos de D. Lope de Figueroa, de los bachilleres Juan de Torres Villa Real y Juan de Torres Guerrero y de D. Juan de Landecho.

Vid. reproducido (con algunas erratas) este poema en el tomo III de la *Literatura colonial de Chile*, de Medina (páginas 94-111).

dro de Oña, es decir, á más de quinientas leguas. Los padres de Santo Domingo trataron de elevar á la categoría de universidad las cátedras que tenían en su convento, y enviaron á España á gestionarlo á un religioso suyo Fr. Cristóbal Núñez. La Real Audiencia apoyó la pretensión, por seguirse de ella «gran provecho y utilidad á los vecinos y moradores de las provincias de este reino de Chile y á las de Tucumán, Paraguay y Río de la Plata; por ser tierra de mejor temperamento y de más salud que no la de las provincias del Perú y ciudad de los Reyes, donde los que van á seguir sus estudios enferman y padecen otras muchas necesidades, y estar la ciudad de los Reyes muy distante de las provincias y la mar del Sur en medio»; añadiendo que para poder sustentar la Universidad tenía el convento frailes graves, de ciencia y experiencia. Era esto por los años de 1610, y para entonces ya se leían artes y teología en otros conventos, como el de San Francisco, el de San Agustín, el de la Merced y el de la Compañía de Jesús. Siete años después una bula pontificia de Paulo V autorizó la fundación de la *Universidad de Santo Tomás*, con facultad de conferir grados, y siempre bajo la dirección de la Orden de Predicadores. Pero aquella Universidad nunca prosperó mucho por falta de profesores y de recursos y por sobra de pleitos; y en lo que toca á letras humanas, la hicieron ventajosa concurrencia los colegios de la Compañía de Jesús establecidos en la capital y en Concepción durante el siglo xvii y más adelante en La Serena, en Valparaíso y hasta en las islas de Chiloé. El colegio de Santiago, que era el más importante, celebraba ya en 1616 justas ó certámenes poéticos, donde se repartían premios «con música y saraos y otras alegrías.»

Añade el P. Ovalle en su *Relación histórica del reino de Chile*, publicada en 1646 que los estudiantes hacían á veces alguna *representación* á lo divino á manera de coloquio.

Sólo en la segunda mitad del siglo pasado llegó á tener Chile Universidad propia con carácter y título de *Real*, y organización muy parecida á la de Lima. Fué principal promotor de esta erección el alcalde D. Francisco Ruiz de Beresedo, á quien secundó el cabildo de Santiago en un memorial redactado por el licenciado Valcarce Velasco en 1720. Por fin, y después de largas negociaciones para arbitrar los fondos necesarios, que fueron cubiertos por suscripción de los vecinos, una Real cédula de 27 de Junio de 1738 autorizó la creación de la Universidad de San Felipe, con cátedras de teología, cánones, leyes, matemáticas, cosmografía, anatomía, medicina y lengua indígena, diez entre todas, ascendiendo el total importe de la dotación á 5.000 pesos. Esta Universidad vivió próximamente un siglo, hasta 1843, en que fué reemplazada por la actual Universidad de Chile, la más renombrada y floreciente de la América española.

La expulsión de los jesuitas, que habían dado á Chile sus dos principales historiadores, Ovalle y Rosales, é iban á añadir á estos nombres el del gran naturalista Molina, vino á ser grave contratiempo para los estudios de humanidades, que en Chile, como en lo demás de América, corrían casi exclusivamente á su cargo. El *Convictorio de San Francisco Javier*, que era el principal establecimiento de educación que tenían en Santiago, se convirtió en *Colegio Carolino*, pero no hizo más que decaer y vivir en gran descrédito y abandono. El Fis-

cal de la Audiencia insinuaba en 1774 que el país estaba *destituido de las fuentes de literatura*. Bien se confirma tan lastimoso estado de decadencia recorriendo los pocos y desabridos frutos que dió la literatura criolla de Chile en aquella centuria de profunda somnolencia. Todo es trivial, baladí y prosaico, así por la ejecución como por los temas. Como muestras de esta poesía pedestre y casera, puede citarse *La Tucapelina*, poema satírico, en octavas reales, cuyo ignorado autor se ocultó con el seudónimo de Pancho Milla-leubu. El asunto es la descripción burlesca de unas fiestas celebradas en la frontera araucana con motivo de la restauración de la iglesia y misión de Tucapel en 1783. Las alusiones que el poema contiene al Capitán general del Reino, D. Ambrosio Benavides, y á sus tenientes D. Ambrosio O'Higgins y D. Domingo Tirapegui, tendrían mucha sal en su tiempo, pero hoy nos parecen insulsos juegos de palabras (1).

Entre los varios copleros que por entonces lograron fama, se cita á un P. López, dominico, improvisador chistoso, á quien, como á todos los de su especie, se atribuyen muchos chistes que seguramente no dijo; á un P. Escudero, franciscano; á un capitán de artillería, don Lorenzo Múgica, que hacía con bastante donaire décimas conceptuosas en el gusto de nuestros poetas del siglo xvii. Hay otros muchos desenfados anónimos, críticas de sermones, satirillas chabacanas, que pueden tener alguna curiosidad como documento de costum-

(1) *La Tucapelina* ha sido impresa en la *Literatura colonial de Chile*, del Sr. Medina, tom. III, páginas 31-51. Consta de diez cantos, cada uno de diez octavas, por lo cual el poeta las llama *décadas heroicas*.

bres (1), pero que poéticamente nada valen. La colección más extensa y notable de este género es la *Ensalada poética joco-seria, en que se refiere el nacimiento, crianza y principales hechos del célebre D. Plácido Arteta, compuesta por un íntimo amigo suyo, tan ignorante de las cosas del Parnaso que jamás ha subido á este monte, y aun apenas llegó alguna vez á sus faldas*. El autor de este manuscrito, que era español y se llamaba D. Manuel Fernández Ortelano, debía de estar dotado de vena facilísima, aunque incorrecta, puesto que en la *Ensalada*, que bien merece tal nombre, hizo alarde de versificar en todo género de metros, emulando las *Fábulas literarias*, de Iriarte. Su mamotreto, que viene á ser una especie de novela en verso, cortada

(1) Son las más curiosas bajo este respecto las *Décimas joco-serias y lírico-formales, que compuso un numen poético.... á la comedia francesa, á sus farsantas, comparsas, música, expresiones y sentimientos, como asimismo á sus espectadores nacionales intrusos, supersticiosos, por razón de moda y estado; y el Canto encomiástico de la famosa batalla de las Lomas, el día 20 de Septiembre de 1807. La famosa batalla fué un simulacro entre cómico y trágico, en que por la inexperiencia de las milicias de Santiago hubo mucha confusión y algunas víctimas.*

Pueden citarse además *La Visión de Petorca*, que es un romanzón del agustino Fr. Sebastián de la Cueva, narrando la catástrofe de unos mineros sofocados por los humos en 1779; otro romance anónimo sobre la *Relación de la inundación del río Mapocho en 1783*; los *Llantos del reino de Chile*, con motivo de la partida del gobernador Amat en 1762

Existen también manuscritas dos detestables colecciones de versos devotos: una del famoso predicador agustino Fr. Manuel Oteiza (*Liberto penitente, alias el pecador arrepentido, que á imitación de David implora misericordia por medio de la penitencia; fuga del mundo por el camino del cielo; pensamientos piadosos del penitente Rey, que guían á la cumbre de la perfección evangélica por las tres vías: purgativa, iluminativa y unitiva: glosa moral de la divina Salmodia*), y otra de un capuchino anónimo (*Dibujo de un alma que puesta en los crisoles purgativos camina por la muerte mística á la unión pasiva con Jesucristo. Trabajo de un contemptible sacerdote para luz de las almas que S. M. pusiere en esta felicidad. Año de 1798*).

por todo género de digresiones, no ha de ser juzgado como obra literaria, sino como la expansión de un espíritu chancero, que se ríe de sí propio y de todas las cosas humanas, y escribe sin más intención ni propósito que divertirse.

El teatro apenas puede decirse que existiera en Chile hasta los últimos días de la época colonial, y aun entonces de una manera pobre y precaria. Con ocasión de algún regocijo público solían hacerse comedias, y el grande obispo Fr. Gaspar de Villarroel en su *Gobierno elesiástico pacífico* (1657), habla de las que hubo en el convento de padres mercenarios de Santiago, y añade que el día del *Corpus Christi* y de su octava se representaban también «en el cementerio de la iglesia metropolitana de Lima, asistiendo los señores Virreyes y señores Arzobispos, los dos cabildos y las religiones; y no eran las comedias autos sacramentales, como aquellos de la corte, sino comedias formadas, y aunque se procuraba que fuesen religiosas, como la fábula es el alma de la comedia, ninguna es tan casta que no se mezclen algunos amores».

Las más antiguas fiestas dramáticas de índole enteramente profana, fueron las celebradas en la ciudad de la Concepción en 1693, para solemnizar la llegada del presidente Marín de Poveda. «Constaba el obsequio (dice el cronista Córdoba y Figueroa) de 14 comedias, y la del *Hércules chileno*, obra de dos *regnícolas*, toros y cañas» (1). Ni el tal *Hércules chileno* ha llegado á

(1) Vid. *Las primeras representaciones dramáticas en Chile*, por Miguel Luis Amunátegui. (Santiago de Chile, 1888.)

Con especial agrado empiezo á utilizar desde ahora las doctas y amenas

nuestros días, ni se tiene siquiera noticia de los dos *regnicolas* que le compusieron. De todos modos, la diversión tardaba en aclimatarse, puesto que todavía en 20 de Marzo de 1778 podía decir el Obispo de Santiago, D. Manuel de Alday y Aspe, al presidente Jáuregui, oponiéndose al establecimiento de un teatro estable: «en esta ciudad sólo se han representado comedias muy de tarde en tarde, y por unos pocos días, sirviendo algunos muchachos para los papeles de mujer.» Por entonces triunfó la oposición del Obispo, basada en el dictamen de los teólogos más rígidos, pero en 9 de Enero de 1793 el cabildo de Santiago acordó que «se estableciese por asiento una casa pública de comedias». Con todo eso, hasta la época del último presidente español, D. Casimiro Marcó del Pont, entusiasta aficionado á los espectáculos escénicos, tales acuerdos no lograron entero cumplimiento, ni hubo en Chile teatro donde los espectadores pudieran estar bajo techo.

La caída del régimen colonial marca en Chile, como en las demás repúblicas de América, una división en la historia literaria. Con el movimiento inaugurado en 18 de Septiembre de 1810, se abre el segundo período de la literatura chilena. Los principales representantes de la poesía revolucionaria en este período son Camilo Henríquez y D. Bernardo de Vera y Pintado (1). Los versos de uno y otro no pertenecen en rigor al arte, pero sí á la historia de las agitaciones políticas.

investigaciones de mi difunto amigo D. Miguel Luis Amunátegui, que es sin duda el escritor á quien más ilustración debe la historia literaria de Chile.

(1) Vid. *La Alborada poética en Chile después del 18 de Septiembre de 1810*, por Miguel Luis Anunátegui. (Santiago de Chile, 1892.)

Camilo Henríquez, llamado comúnmente *el fraile de la buena muerte*, era, en efecto, un fraile apóstata de la congregación de los Agonizantes, nacido en Valdivia y educado en el Perú, donde se había entregado ávidamente á la lectura de los libros de los enciclopedistas franceses que empezaban á correr de contrabando en los conventos de Lima como en los de la Península. Rousseau, principalmente, fué su ídolo, y á las doctrinas del *Contrato social* quiso ajustar todos los actos de su vida pública, cuando de improviso le lanzó en ella el torbellino de la revolución americana, á la cual sirvió, como ahora dicen, de *verbo*. Él fué el primero que en una proclama de 6 de Enero de 1810, que circuló profusamente manuscrita, lanzó sin ambages la idea de independencia, que sólo tímidamente se aventuraban á insinuar los que pasaban por más resueltos, y que el mismo Blanco (Whithe) impugnaba todavía en *El Español* de 1811. Él predicó en la catedral de Santiago el sermón de 4 de Julio de 1811, con ocasión de la apertura del primer Congreso chileno. Él fundó en 1812 el primer periódico de aquella región: *La Aurora de Chile* (1), y posteriormente el *Monitor Araucano*, continuando además el *Semanario Republicano*, cuyos doce primeros números había escrito el guatemalteco D. Antonio José de Irisarri. Él redactó en gran parte la primera Constitución chilena (27 de Octubre de 1812). Su fanatismo liberal no tenía límites: había ideado un sistema de misiones para propagar de pueblo en pueblo los nuevos ideales, y compuso un *Catecismo de los pa-*

(1) Tengo á la vista una colección completa de este rarísimo periódico, quizá la única que existe en España.

triotas, para que sirviese de guía á los tales misioneros.

Después de la victoria de Rancagua y el restablecimiento del Gobierno español; Camilo Henríquez emigró á Buenos Aires, donde, abandonando por completo el hábito clerical, se hizo médico, y redactó por algún tiempo la *Gaceta de Buenos Aires*, y más adelante una revista *El Censor*. Consolidada ya la independencia de Chile después de las jornadas de Chacabuco y Maipo, Henríquez pudo regresar á Chile bajo los auspicios del dictador O'Higgins. Entonces fundó *El Mercurio de Chile*, revista de economía política y derecho público; trabajó activamente por la difusión del sistema lancasteriano de enseñanza mutua, y fué Secretario de la Convención de 1822 y del Senado que la sucedió, después de la caída de O'Higgins. Pero el continuo alarde que hacía de sus ideas antirreligiosas, todavía exóticas en Chile, y la parte que tuvo como senador en el proyecto de *reforma eclesiástica* de 1823, concitaron contra él la animadversión pública, y le mantuvieron en posición obscura y subalterna hasta su fallecimiento, ocurrido en 16 de Marzo de 1825.

Si el arte presupone el culto de la belleza, nunca hubo autor menos artista que Camilo Henríquez. En prosa escribía con cierto calor tribunicio; pero fué, sin duda, detestable poeta. Parece imposible que sus rencores de sectario no le dictasen alguna vez imprecaciones enérgicas, sacándole de la esfera vulgar y ruin en que se movía.

Había tomado por modelo á los autores más prosaicos del siglo XVIII, á Iriarte en el *Poema de la Música* y á Trigueros en *El Poeta Filósofo*, y consiguió darles quince y raya en cuanto á prosaísmo, pero con la des-

ventaja de ser Trigueros, y sobre todo Iriarte, correctos en la metrificación, al paso que los versos de Camilo Henríquez, además de lo desmayado y trivial de los pensamientos, están llenos de groseras faltas prosódicas, que denuncian una educación literaria y gramatical por todo extremo deficiente. De Trigueros tomó la forma de los que llamaba *pentámetros*, y son pura y simplemente alejandrinos pareados á la francesa, de este tenor:

«Los talentos de Chile yo te vi que aplaudías;
Pero su sueño y ocio sempiterno sentías.
Nuestra juventud hábil, graciosa y bien dispuesta,
Conserva aún tristemente en inacción funesta
El ánimo sublime. Ya la época presente
La llama á grandes cosas y á iluminar su mente.....

.....
¡Quién pudiera del genio seguir la marcha augusta
Y de sus beneficios dar una idea justa!
Ve Urania ser la tierra uno de los planetas;
Los réditos predice de los tardos cometas,
Y al fin de sus fatigas por preceptos muy fieles,
Con rara certidumbre dirige los bajeles.....
¡Oh, cuán rica aparece y con cuánta belleza,
Ornada de trofeos de la naturaleza,
La química, alta gloria de la época presente.....»

La *Exhortación al estudio de las ciencias*, de donde están entresacados estos versos, es una de las poesías más antiguas de Henríquez, y se publicó en *El Mercurio Peruano* con el seudónimo de *Cefalio*. Por entonces hizo también algunos versos latinos, no mucho mejores que los castellanos (1).

Pero el género que cultivó con predilección fueron los himnos patrióticos; y entre los muchos malos que

(1) Amunátegui transcribe unos exámetros destinados á conmemorar el aniversario de la proclamación de la independencia de los Estados Unidos.